

ACTAS DEL III CONGRESO
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)

Edición al cuidado de
María Isabel Toro Pascua

Tomo II



SALAMANCA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

1994

ISBN: 84-920305-0-X (Obra completa)

ISBN: 84-920305-2-6 (Tomo II)

Depósito Legal: S. 1014-1994

Imprime: Gráficas VARONA
Rúa Mayor, 44. Teléf. 923-263388. Fax 271512
37008 Salamanca

Algunas fuentes del libro de *Moamín*

M^a Isabel MONTOYA RAMÍREZ

I. Orígenes del libro de «*Moamín*»

Está generalizada la opinión sobre su origen oriental, concretamente árabe. Así Hakan Tjerneld, refiriéndose a uno de los testimonios españoles (V-II-19) afirma que «se trata con mucha probabilidad de una traducción directa del árabe sin pasar por el latín [...]»¹. «Contiene tres libros sobre cetrería y dos sobre perros, es de origen árabe, pero no se sabe nada del texto original. Por iniciativa del emperador Federico II de Hohenstaufen fue traducido al latín antes de abril de 1241 [...]. Del latín fue traducido al italiano (5mss.) y al francés [...]»². De este modo, J. M. Fradejas precisa sobre este particular que: «El texto de la obra se remonta a un original árabe aunque la versión francesa habla de uno hebraico [...], idea ésta ampliamente rechazada por los críticos y que es apoyada por la traducción castellana, que, aunque no lo dice explícitamente, se puede deducir del mismo texto»³. Möller y Viré⁴ piensan que un primer tratado del siglo VIII se debería a Gitrif y en el siglo IX habría sido reelaborado por Hunayn ibn Ishaq, siendo éste la base de la traducción en latín de Theodorus Philosophus en la corte de Federico II de Hohenstaufen. En opinión de estos últimos el origen de *Moamín* está confirmado por la correspondencia exacta entre algunos de los capítulos del tratado más antiguo con una buena parte del texto latino. Por su parte, el catálogo de la Biblioteca Phillipps, en su descripción del ms. Res. 270 indica que esta translación al español desde el árabe probablemente fue hecha por Alfonso X el Sabio⁵.

¹ Hakan Tjerneld, «Una fuente desconocida del *Libro de la Montería* del Rey Alfonso el Sabio», *Studia Neophilologica*, 22 (1949-50), pág. 178.

² *Ibidem*, pág. 177.

³ Muhammad Ibn Abd Allah Ibn Umar al-Bayzar (Moamin). *Libro de los animales que cazan* (*Kitab al-Yawarih*), ed. José Manuel Fradejas Rueda, pról. Manuel Alvar, Madrid: Casariego, 1987, pág. xxi.

⁴ D. Möller, F. Viré, Al Gitrif ibn Qudama al Gassani. *Die Beizvögel* (*Kitab dawari at-tayr*). Ein arabisches Falknereibuch des 8. Jahrhunderts, Hildesheim-Zürich-New York, 1988.

⁵ *Bibliotheca Phillippica*, Manuscripts on vellum and paper from the 9 th to the 18 centuries from the celebrated collection formed by Sir Thomas Phillipps. The final selection. New York: H. P. Krauss, 1979.

Es decir, todos los comentarios apuntan hacia un origen árabe, pero resulta evidente que no conocemos sus fuentes, o al menos algunas de ellas.

En efecto, Tjerneld habla de varios libros que «coincident plus o moins complètement avec Moamin»⁶, entre los que cabe destacar un tratado de halconería árabe recogido parcialmente en la obra de Mercier *La chasse et les Sports chez les Arabes*. Del mismo modo Viré ha registrado algunas fuentes en otras obras árabes sobre el cuidado de los perros y de las aves⁷. Pero, indudablemente, lo que hay de cierto en esas fuentes no se puede decir, puesto que, según J. M. Fradejas «los textos en algunos casos son inaccesibles»⁸.

Teniendo en cuenta estas observaciones y en especial la conclusión a la que llega J. M. Fradejas, hemos realizado algunas investigaciones las cuales nos han permitido sugerir una vía divergente respecto de los orígenes árabes propuestos. Nuestro trabajo se ha centrado, por el momento, en la búsqueda de las fuentes de los tratados IV y V de *Moamín*, de aquellos que tratan de los perros de caza.

II. Algunas precisiones sobre el origen y la influencia de «Moamín».

Se ha destacado de forma clara que en las cuatro centurias siguientes a su traducción, el *Libro de las animalias que caçan* influyó en varias obras venatorias y cetreras; entre otras destacamos el *Libro de la Montería* de Alfonso el Onceno, el *Libro de la Montería* de Pedro Pedraza Gaitán y el *Livre de l'art de faulconnerie et des chiens de chasse* de Guillaume Tardif. Este hecho nos lleva a considerar lo siguiente:

1. Werth afirma que las cuatro quintas partes del libro de Tardif proceden del *Libro de la Montería* y que éstos se encuentran en el κυνοσόφιον de Demetrio Pepagomenos⁹.

2. Tjerneld y Fradejas opinan que la obra de Tardif debe sus capítulos de perros a *Moamín*.

3. Los tratados IV y V de *Moamín* sirvieron de base para los últimos capítulos del libro I y toda la segunda parte del libro II del *Libro de la Montería*.

Por tanto, cabe preguntarnos: ¿de dónde tomó el tratado supuestamente árabe la materia de estas dos partes? ¿cuáles fueron sus fuentes?

Cuando leímos la «Introducción» que Terrón hace al *Libro de la Montería* de Pedro de Pedraza Gaitán nos llamó la atención el siguiente párrafo, porque en

⁶ Moamin et Ghatrif, *Traité de Fauconnerie et des Chiens de Chasse*, ed. por Hakan Tjerneld, París, 1945, 25. *Apud.* José Manuel Fradejas Rueda, *op. cit.*

⁷ Véase, José Manuel Fradejas Rueda, *op. cit.* pág. xxi.

⁸ *Ibidem*, pág. xxi.

⁹ H. Werth, «Altfranzösische, Jagdlehrbücher nebst Handschriftenbibliographie der abendländischen. Jagdlitteratur überhaupt», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 13 (1889), págs. 19-22.

él se hace referencia a la cultura clásica: «La montería es un arte [...]. Sus normas, su desarrollo y la más precisa y universal conexión humana fue revelada por los filósofos y poetas de Grecia y Roma colmándose en los escritos del Renacimiento»¹⁰. Estas palabras nos recordaron la observación hecha por Werth sobre el origen grecolatino de los capítulos del libro de Tardif y lo que se dice en el propio texto del *Animalias* (trat. I cap. 1):

E la lid es mester verdadero que conuiene a los reyes por tal de apoderarse, e por tal de aprender maestría de lid, usan unas cosas en juego que son semejanças de lid, e es maestría de caça en que ayan de puerto e rembrança del mester por que ellos regnan [...]. E por quanto los sabios de cada una yent pusieron libros en este mester, e [non] fallamos que ningun sabio desta yent araviga fiziesse nengun libro que de pro fuesse en este menester de caça ni en las cosas quel perteneçen, por eso fiz yo este libro.

De ahí nuestro interés por algunos textos de autores clásicos que versan sobre cinegética, pues no debemos olvidar que desde la Antigüedad el ejercicio de la caza formó parte de los pasatiempos de las clases privilegiadas y sirvió de adiestramiento y preparación corporal para los posibles avatares guerreros. De esta manera, y de forma paralela, mientras el hombre practicaba el ejercicio de la caza se iba desarrollando y conformando la medicina canina, ya que eran los mismos cazadores los que se preocupaban del adiestramiento, mantenimiento y cuidado de sus perros. Por este motivo, como afirma Sanz Egaña: «durante muchos siglos estos conocimientos (de cinoatría) se conservan mezclados con noticias y consejos del arte venatorio o cinegético»¹¹.

III. Las fuentes clásicas del «Moamín»

Si tenemos en cuenta el hecho comúnmente aceptado de que los árabes fueron los más directos cultivadores y transmisores de los conocimientos, científicos o no, del mundo greco-latino, podremos comprobar que, una vez más, la cultura clásica está en la base de los tratados IV y V de *Moamín*.

¹⁰ Pedro Pedraza Gaitán, *Libro de Montería. Manuscrito 8285 de la Biblioteca Nacional de Madrid*, ed. Manuel Terrón Albarrán, Madrid: R. Díaz-Casariago, 1986, pág. xxxvii. También manifiesta sobre la influencia de Jenofonte: «El libro de Pedraza tiene dos partes bien diferenciadas. Una de carácter didáctico, la otra de mera reproducción de capítulos de otros autores. En la primera se contienen diversos capítulos respecto a las formas de caza o a las enfermedades y curas de los perros; en la segunda se traen retazos de Argote de Molina [*Libro de la Montería*] o Jenofonte. Incluso en esa primera aparecen textos parciales de otros capítulos de alguno de estos autores», pág. xxxii. «La obra de Pedraza acusa evidentemente la lectura de otras [...]. No obstante es preciso recalcar que la utilización literal de Argote de Molina o Jenofonte viene siempre advertida por su autor», págs. xxxvi-xxxvii.

¹¹ C. Sanz Egaña, *Historia de la Veterinaria española, Albeitería, mariscalería, veterinaria*, Madrid: Espasa-Calpe, 1941, pág. 22.

En efecto, en la obra de Jenofonte, *La caza*¹², junto a la recomendación práctica de este arte y su observación sobre el valor educativo de la misma, se incluyen valiosos consejos sobre el adiestramiento y mantenimiento de los canes, así como una pormenorizada exposición acerca del proceso de reproducción y las diferentes razas: anatomía, hábitos, colores, etc.; igualmente proporcionan valiosa información al respecto los trabajos poéticos de Gratio y Nemesiano¹³.

He aquí las correspondencias entre los textos de estos autores y el de *Animalias* y *Cetrería*.

1) Sobre la reproducción de los perros recogemos:

E dezimos assi que las sazones en que fazen fornicio los canes son dos. e a los del un tienpo dizen [...] e las perras traen LX dias. e quantos fijos touieren maslos en uientre. tantos dias traera de mas de los LX (*Animalias*, IV, 2, *Cetrería*, IV, 2).

Emparéjense las perras jóvenes durante el invierno, liberándolas de las fatigas, para que traigan con tranquilidad [...]. Paren a los sesenta días. (Jenofonte, 260).

Comienza a preocuparte sin pereza de los perros a primeros de año, cuando Jano, señor del tiempo abre un periodo ininterrumpido de doce meses. Elige entonces una perra dócil... (Nemesiano, 188).

2) Acerca de la edad de los perros para su apareamiento los textos explican:

E los canes meiores para fazer fijos son de edad de dos annos. e los que de menos edad son non conuienen para ello. (*Animalias*, IV, 2, *Cetrería*, IV, 2).

Pero para la reproducción conviene más una diferencia de edades: tú al macho con cuarenta meses ya cumplidos permítele los ardores de Venus; sea la hembra de dos años cumplidos. Esta es la mejor previsión en el apareamiento. (Nemesiano, 188).

3) El aspecto de los animales se detalla del modo siguiente:

E la faíçon de connocer los que son buenos pora aver fijos dellos, son los que an las cabeças ligeras, e las fruentes anchas e altas, e las orejas floxas e delgadas e luengas e que ayan grand espacio entrel una e la otra, e que ayan las orejas cogidas contral pescueço e que las ayan lenes, e que muchas venas en las fruentes, e los quexares desde los ojos a ayuso delgados e luengos e lenes [...] e los quexares bien anchos [...] e los pescueços luengos, e las espaldas anchas e bien carnudas, e los pechos bien anchos, e las cuestas bien carnudas e eguales e delgadas en las ijadas, [...] e las ancas bien

¹² Jenofonte, *De la caza*, en *Obras menores*, trad. Orlando Guntiñas Tuñón, Madrid: Gredos, 1984, págs. 240–278.

¹³ Gratio, *Cinegética*, en *Poesía latina pastoril de caza y pesca*, trad. José A. Correa Rodríguez, págs. 17–45; M. Aurelio Olimpio Nemesiano, *Cinegética*, incluido en el mismo volumen del anterior, págs. 181–197.

grandes e enfiestas e redondas e carnudas e que sean más altas que las cuestas [...] e las manos chicas e redondas [...] e que sean cortas de espinazo e luengas de los pies e las manos [...]. (*Animalias*, IV, 3; *Cetrería*, IV, 9).

Primero, pues, es necesario que sean grandes; luego, que tengan cabeças ágiles; que sean chatos; que esten bien articulados; que tengan las partes inferiores de la frente musculosas [...]; las orejas pequeñas, finas, peladas por detrás; los cuellos largos, flexibles, redondeados; los pechos anchos, que no estén sin carnes; los omóplatos un poco separados de los hombros; las patas anteriores pequeñas, rectas, redondas, robustas; [...] los lomos carnosos, de tamaño entre largos y cortos, [...]; las caderas redondas, carnosas por detrás, que no estén juntas por arriba, más ceñidas por la cara interna; las partes del bajo vientre flacas, y lo mismo los vientres; los muslos duros; las piernas largas, redondeadas, muy sólidas; las patas posteriores mucho mayores que las anteriores y un poco recogida, los pies redondeados. (Jenofonte, 248).

que su estampa no desmienta ni le reste mérito alguno. Tengan alta la cabeza; tenga sobre la frente orejas peludas; grande la boca [...] aina sus entrañas un vientre recogido; la cola breve; larga, el flanco; el pelo abierto sobre la nuca, [...]; luego, de sus vigorosas espaldas álcese un torso capaz de jadear profundamente y bastarse para grandes esfuerzos. Evita al que con ancha planta abre sus huellas: blando es en la tarea. Unas patas duras de secos músculos querría yo y unos calcañares sólidos para tales luchas. (Gratio, 32).

4) Sobre las enfermedades, y concretamente de la sarna, dicen:

El VII capítulo es de melizinarlos de la sarna. E dezimos assí: que quando les acaesçier aquesto, que los fagan estar al sol el día que fizier calentura, despues que fueren passadas las dos oras del día, e úntenlos con el azeit, e después tomen duna melezina quel dizen tayafn e muélanla e échenles de los polvos sobre la sarna e déxenlas estar assí el día que gelo fizieren, e después métanlos en el banno e lávenlos con agua tibia. (*Animalias*, V, 7; *Cetrería*, V, 27).

Por otra parte, si la sarna deformante se extiende por el cuerpo, desgarrándolo de picazón, el camino de una muerte es peor [...]. Si la enfermedad, clemente, deja tiempo, avisando de antemano cuando aparece, aprende los caminos y hazla salir por los medios que te permite.

En este caso, se mezcla, primero, betún tratado con vino oloroso, pez de Hipona y untoso alpechín de deshecho, y el fuego lo reduce a una sola masa. Luego se lava a los enfermos [...] condúcelos más bien, donde los calores caen sobre los valles desnudos, lejos del viento y mirando a las teas del sol resplandeciente para que eliminen con el sudor el mal y la medicina que se les ha hecho penetre espontáneamente por pasos ocultos. (Gratio, 39).

Pues enfermedades tristes y una sarna inmundas les entran muchas veces en las venas y, sin distinción, producen gran estrago en los perros. [...] Incluso conviene mezclar el amargo líquido de Baco (vinagre o agraz) con aceite del árbol de la Tritónide (aceite), y será útil untarlo a los cachorros y a las perras paridas, exponiéndolos al tibio sol. (Nemesiano, 191).

Pero, sin lugar a dudas, la relación más evidente se da en los siguientes fragmentos:

5) Cómo y cuándo deben sacar a cazar a los perros:

a) E aquí queremos dezir cómo las deven sacar a caça. E dezimos assí: que non conviene que los saquen a caça fasta que ayan X meses, ca si antes los sacassen a caça torcéseles íe algún miembro o crebaríe o enflaquegrén por ello, [...]. E conviene que no los lieven a caça (de la liebre) sino en sus traellas, ni los desaten fasta que alleguen a los logares de la caça, ca si los desatassen, correríen a un cabo e a otro e cansaríen e quando allegassen a la caça no correríen tanto ni seríen tan alegres (*Animalias*, IV, 5; *Cetrería*, IV, 15).

Hay que llevar a los cachorros a la caza: las hembras, a los ocho meses, los machos, a los diez, y no soltarlos junto a las huellas de la cama, sino que acompañen atados con largas correas a los perros que rastrean, dejándolos correr tras las huellas [...] no dejarlos sueltos inmediatamente [...]. Efectivamente, si se suelta cerca a perros de hermoso aspecto y fogosos para la carrera, al ver la liebre se quiebran por la tensión porque aún no tienen los cuerpos consistentes. (Jenofonte, 261).

b) E non conviene que los saquen a caça el día que fiziere viento fuert, ca los faze perder el usmo e el rastro de sus caças, e mayormiente quando corriere ábrego, ca este viento á por natura de amamar los rastros e de fazer perder el uesmo [...]. E non conviene que los saquen a caça quando nieva, ca los quema los rostros, e mayormiente la elada, ca les danna la unnas e los pies, mas puédenlos sacar a los logares ó yoguier mucha nief, ca la mucha nief no los empeeçe tanto, (*Animalias*, IV, 5; *Cetrería*, IV, 15).

Cuando nieva y hay viento norte, las huellas superficiales son evidentes durante mucho tiempo, pues no se derrite pronto; pero si hay viento sur y brilla el sol, lo serán durante poco tiempo, ya que la nieve se derrite con rapidez. Cuando nieva sin cesar, no se debe intentar nada, pues la nieve las cubre, ni cuando el viento sea fuerte, pues las borra amontonando la nieve. En consecuencia, no se debe salir jamás con perros a este tipo de caza. Efectivamente, la nieve quema sus narices y sus pies, y el hielo excesivo borra el olor de la liebre (Jenofonte, 261–262).

6) Para la selección de los cachorros se aconseja:

E dezimos assí: que una de las primeras cosas porque pueden saber quales son buenos o malos de los cadiellos, es que fagan una como rueda de carro de paja, e pongan los cadiellos en medio d'ella e tengan las madres d'ellos de manera que los ayan a ojo, e despues enciendan los cabos que son en derredor d'aquella rueda de la paja o estan los cadiellos, e despues suelten a las madres e paren mientes quales seran los cadiellos que ellas sacaran de primero, ca aquellos son los mejores, e los segundos que sacaren no son tan buenos como los primeros, e los terceros no son tan buenos como los segundos, e los postrimeros son los peores, e d'esta manera los judgaran todos en pos otro. (*Animalias*, IV, 3; *Cetrería*, IV, 8).

Mas aún: trácese con fuego una gran circunferencia y que ígneo vapor señale un círculo suficiente para que puedas situarte seguro en el centro del redondel. Tráiganse aquí todos los cachorros, tráiganse indiscriminadamente en tropel: la madre hará la selección de la camada, salvando a las crías que lo merecen a su juicio y que tiemblan ante el peligro. Pues al ver rodeados por las llamas a sus retoños, al punto, atravesando de un salto la ardiente barrera del recinto, arrebatada con la boca abierta al primero y lo transporta a la perrera, de seguida a otro, inmediatamente después a otro. Así la madre separa sabiamente a lo mejor de su prole por su amor a la valía. (Nemesiano, 189).

y en estos otros:

E otrosi los pueden provar en el peso, ca el que fuere más pesado es mejor, e el que menos pesa es peor, e por esta manera los judgaran otro que si. (*Animalias*, IV, 3; *Cetrería*, IV, 8).

Preocúpate también de sopesar en tus manos sus futuras fuerzas: dejará por los suelos con su peso a sus enclenques hermanos. Ni a mí ni a ti con estas garantías mis versos nos engañarán. (Gratio, 33).

En efecto, por el peso podrás calcular las futuras fuerzas del cachorro, averiguando por la pesadez del cuerpo su ligereza en la carrera. (Nemesiano, 189).

Como hemos podido comprobar en esta breve aproximación a algunos textos griegos y latinos, algunas de las fuentes de las que debió beber Moamín debieron ser clásicas, hecho nada extraño si se tiene en cuenta que la caza de animales salvajes –montaraces en la mayoría de los casos–, existió ininterrumpidamente en Occidente «por lo menos desde la época romana»¹⁴ y que «los conocimientos cinoátricos de griegos y romanos se encuentran ampliados por los monteros del medievo»¹⁵.

¹⁴ J. Uría Riu, «La caza de la montería en León y Castilla en la Edad Media», *Clavileño*, 35 (1955), págs. 1–14, especialmente, 4.

¹⁵ C. Sanz Egaña, *op. cit.*, pág. 22.